

Teoría sobre el origen de la gente tonta

Georges Raillard

Antiguamente hubo hombres que tenían dos cabezas. Eran mucho más inteligentes que todos los hombres de hoy, porque su cabeza izquierda poseía la inteligencia de las dos. Pero al mismo tiempo también eran mucho más tontos, puesto que su cabeza derecha reunía la tontura de las dos.

Fue una torpeza por parte de la naturaleza haberlo dispuesto de tal manera que las dos cabezas de estos hombres estuvieran dirigidas una contra la otra. Rara vez, una cabeza pudo escapar de la mirada de la otra. Las dos narices chocaban constantemente. Las comidas se desarrollaban de un modo arduo, tanto más que las dos bocas se disputaban los bocados. Por todas estas razones, los hombres inventaron la pared separatoria de cabezas. Las fabricaban de robusta madera de roble para todos los días, y para las ocasiones solemnes las había de plata ricamente ornamentada. Más adelante se impusieron las paredes separatorias de cabezas con un espejo en cada lado, presumiblemente bajo el dictado de la moda de aquella época.

La pared separatoria de cabezas la quitaban los hombres sólo para leer el periódico. Mientras la cabeza izquierda leía profundos análisis sobre la actualidad mundial en los anversos, la cabeza izquierda se deleitaba con los dibujos cómicos y tebeos en los reversos. Entonces, durante un rato, reinaba cierta armonía. Finalmente, los hombres descubrieron que las paredes separatorias, con dos pantallas de televi-

sión incorporadas, aumentaban el buen entendimiento de las cabezas en un grado insospechado e incluso acercaban el problema a una solución duradera.

Entonces, empero, el destino quiso que la mirada de cuatro ojos de estos hombres cayera en las figuras garbosas de jóvenes señoritas. Como es natural, estas señoritas estaban en edad de casarse y por ello veían con buenos ojos los avances de los hombres. Se acercaba el momento del primer beso. Pero, ¿cuál de las dos cabezas debía darlo y cuál recibirlo? Una cuestión difícil!

Las dos cabezas de los hombres empezaron a pensar en una salida. Pero puesto que las cabezas izquierdas reunían en sí la inteligencia de las dos, sólo a ellas se les ocurrió una astuta idea de cómo poder desembarazarse de las otras cabezas, las derechas, y perderlas, mientras que a las cabezas derechas, naturalmente, no se les ocurrió nada en absoluto.

Con voz suave, la cabeza izquierda de los hombres comenzó a hablarle insistentemente a la derecha, incitándole a cometer toda clase de fechorías y sacrilegios para provocar a Dios. Ansiosa de espíritu de acción, la cabeza derecha se regocijó ante la ocasión de poder finalmente demostrar su valor y desfogarse. Bajo su mando, pronto los hombres, por todas partes, incendiaban casas, robaban ganado y asolaban campos. Pero cuando se dispusieron a secar la lluvia, Dios envió un ángel que juzgara a los malhechores. El ángel echó a los hombres

de dos cabezas a la mazmorra más oscura de un castillo y se sentó a reflexionar.

La cabeza izquierda de los hombres estaba contenta. Alegre esperaba la sentencia que sólo podía ser de culpable. Las cabezas derechas sacrílegas serían cortadas como castigo, y entonces, por fin, la izquierda quedaría como única cabeza para recibir los besos de las señoritas.

Pero el ángel era un ser perspicaz y conocedor del mundo. «La cabeza derecha de estos hombres es tonta —se dijo a sí mismo—, tan tonta, que por sí no se le puede ocurrir la idea de blasfemar contra Dios con fechorías y sacrilegios. Debió ser la astuta cabeza izquierda la que le insinuó eso.»

Consecuentemente, absolvió a las tontas cabezas derechas y declaró culpables a las astutas cabezas izquierdas y las cortó.

A partir de entonces, los hombres vivieron con una única cabeza que era muy tonta. Se casaron con las señoritas, que tuvieron en lo sucesivo muchos hijos que también eran tontos y a su vez echaron al mundo multitudes de hijos tontos.

Es comprensible que estos acontecimientos no entraran en los anales de la historiografía. Aparte de la existencia de una descendencia hoy en día inmensa y esparcida por el mundo entero, no tengo ni pruebas ni indicios concretos a favor de mi teoría.

Pero es precisamente esto lo que constituye la prueba más fundada de su veracidad. **A**